AÑO II — HABANA, 18 DE JULIO DE 1903 — NÚM 54

Los trabajadores no tienen órgano en la prensa cubana. Periódicos españoles, periódicos cubanos, periódicos republicanos, periódicos demócratas y periódicos, en fin, de todos los matices políticos y religiosos; sólo son *libreas ó rameras* que se ocupan de dar lustre, adular ó lloriquear á los caballeros de la política, al jefe del Estado ó bien á los altos funcionarios del país.

¡TIERRA!

PERIODICO SEMANAL

Registrado en Correos como correspondencia de segunda clase

¡TIERRA!, sostenido y redactado por obreros, es el que se afana por derramar luz entre el pueblo trabajador.

Los obreros, pues, debemos sentir un profundo asco y desprecio por toda esa prensa venal y corrompida, favoreciendo á los periódicos obreros que hablan en nombre del verdadero pueblo y en nombre del derecho de los que sufrimos la tiranía política y la esclavitud económica.

La Sicilia americana

Allá en el Mediterráneo, favorecida por las brisas marinas y un clima benigno, se encuentra una isla hermosa: Sicilia.

Ambicionada por todo el mundo, parece que todos los horrores del despotismo y la tiranía cayeron sobre ella, y en el transcurso de la historia no se ha oído otra cosa que los ayes de dolor de su pueblo esclavizado y la furia irácunda de los déspotas—hijos espúreos de la doliente humanidad—que expoliaban sin cesar á los que gemían bajo su dominación.

Cambiando constantemente de amos que se disputaban el predominio al choque de los aceros, Sicilia estuvo siempre habitada por extensos rebaños humanos que con la ergástula, el látigo y el circo sobre su cabeza como amenaza fatídica, cultivaban la tierra y cuidaban los ganados de sus señores que derrochaban en orgías el producto de sus lágrimas y de su sangre. Como el vicio es insaciable, como la vanidad y la pasión de la opulencia conduce á los hombres al vértigo, y como, por otra parte, no sabe lo que cuesta arrancar al trabajo su savia quien nunca ha trabajado, los señores de Sicilia apremiaban á sus esclavos obligándoles á esfuerzos sobrehumanos en la producción de las riquezas, lo que dió lugar á varias memorables rebeliones que, si no redimieron á los esclavos, á lo menos dejaron imperecederos recuerdos en la conciencia pervertida de los déspotas y marcaron la ruta que debían seguir para liberarse todos los oprimidos.

Hoy, después de tantos siglos y de haber corrido la misma azarosa suerte de Europa, es Sicilia la tierra del viejo mundo donde el pueblo se encuentra más esclavizado, donde arrastra una vida más miserable. Sus *señores*, que han hallado más cómodo dejar la dirección y la práctica del cultivo de *sus* tierras á los esclavos, disfrazados con el nombre de arrendatarios, viven lejos de Sicilia, se gastan su vida en los grandes centros de corrupción del continente. Como en los tiempos de Roma y Grecia, insaciables en sus derroches, piden á lcs arrendatarios «¡más oro! ¡más oro!,» y la renta sube, y, abrumado el campesino y desesperado, importándole un momento lo mismo una cosa que otra, se rebela distintas veces, y su rebelión es ahogada en su propia sangre. Y los señores siguen en Roma, en Venecia, en París, en Londres... disfrutando de las bellezas de la civilización, derrochando en orgías y bacanales, lejos, muy lejos de Sicilia, donde trabajan para ellos millares de esclavos y donde tienen otros esclavos uniformados con la misión de vigilarlos, y ametrallarlos si es preciso, para que no enderecen su cuerpo encorvado sobre el arado.

*

Y Cuba, enclavada á la entrada del Golfo Mejicano y bañada por las ondas del mar Caribe, con un suelo fértil y un clima hermoso... por su historia, aunque breve, parecida á la de Sicilia, llena de lágrimas y de sangre, bien se le pudiera llamar «la Sicilia americana.»

Habitada por bondadosos indios, de carácter dulce, fué presa de la codicia del conquistador europeo. Exterminados unos y expatriados otros, pronto desaparecieron de Cuba los indígenas, quedando los invasores en posesión de su territorio. Repartida la tierra caprichosamente entre los más influyentes según la voluntad de los gobernantes españoles, se encontraron que faltaban brazos para cultivarla. Y acudieron al Africa por ellos.

Rebaños de negros de ambos sexos—comprados por una bagatela ó arrancados á viva fuerza—fueron hacinados en las bodegas de los buques y transportados á la isla. Y principiaron los horrores de la esclavitud, tolerada, ó mejor dicho, santificada por la Iglesia, que para justificar y disculpar tal crimen declaró «que los negros *no tenían alma*.»

Y el látigo crugió sobre las espaldas del negro. De un extremo al otro de la isla, bajo un sol de fuego, nutridas negradas cultivaban la tierra, y no se oía otra cosa que los ayes de dolor de los esclavos, las imprecaciones de los mayorales y el chasquido del látigo que no cesaba de herir la desnuda espalda del esclavizado negro. Raudales de sus lágrimas y de su sangre, convertidas en azúcar, tabaco y café, labraron la fortuna de los *señores* que, como los de Sicilia, tras de usar en sus mansiones un lujo y un despilfarro escandaloso, iban periódicamente á Europa á derrocharla en sus ciudades. Sus mujeres, rodeadas de esclavas para su servicio doméstico, atentas é su menor indicación, vegetaban en la más grande de las ociosidades, usando esclavas como almohadones donde descansar sus pies cuando negligentemente se hallaban sentadas en cómodos sillones.

Y ¡ay del esclavo que se rebelase! La muerte era poca para él. Los que abrumados de trabajo huían á los bosques en busca de descanso y libertad, eran cazados por los perros educados para ello y exterminados por los esbirros de los amos. El más repugnante tráfico se efectuaba con ellos, y los hijos eran separados violentamente del lado de sus padres, y las violencias más grandes, física y moralmente, se ejercieron con esa raza esclavizada, hasta el extremo que hizo al poeta, refiriéndose á la isla, atribuirle «las bellezas del mundo físico y los horrores del mundo moral.»

Las conmociones revolucionarias de la última mitad del siglo XIX han trastornado ese orden de cosas, y ya la esclavitud personal no existe. El negro se ha redimido, la esclavitud ha desaparecido, se dice; pero en su lugar ha quedado el proletariado, nueva forma de la esclavitud. Negros y blancos se hallan confundidos en una misma servidumbre, y los mismos amos, la misma clase social los explota. Al igual del esclavo de otros tiempos, el proletario no tiene nada suyo: gracias si en la terrible lucha por la vida puede satisfacer á medias las necesidades de su estómago. Instrumento de explotación de los amos, rueda de aquí para allá según el capricho de los mismos. La libertad del trabajo es para él una mentira, pues hambriento, sin medios de vida ni elementos para desenvolverse por sí solo, no se encuentra en condiciones de pactar con independencia, de rehusar el trabajo que se le ofrezca. Lo que el esclavo antiguo aceptaba por la violencia, el proletario lo admite por el hambre; y si en su desesperación se lanza á la rebelión, como al esclavo negro, se le ahogará en su propia sangre si no tiene fuerzas suficientes para triunfar. En el fondo, pues, la esclavitud subsiste, y hoy como ayer son una realidad los amos y los esclavos. Como en aquella época, los señores del presente derrochan los sudores de los trabajadores de Cuba en ciudades extranjeras que se prestan más á sus placeres, y muchos de ellos ni siquiera radican en la isla. Accionistas de los *trusts*, no tienen para qué molestarse poniéndose al frente de la explotación, pues una nube de empleados cuida sus intereses y arrostra la ira de los oprimidos. El gobierno sólo es servidor de ellos y siempre tiene dispuestos sus esbirros para sofocar toda rebelión de los oprimidos.

Insaciables los señores de la Sicilia americana, al igual de los de la Sicilia europea piden constantemente «¡más oro! ¡más oro!,» y sus servidores aprietan, oprimen más y más al nuevo esclavo cubano, hasta el extremo que Cuba es hoy el país de América donde la explotación se ensaña con más ferocidad.

Ante este desenfreno de los señores los proletarios cubanos deben prepararse para librarles la gran batalla, la batalla de su redención; pero no para cambiar de forma de esclavitud, sino para suprimirla por completo. Y no se puede suprimir la esclavitud sin suprimir las clases sociales, sin hacer desaparecer los pobres y los ricos. Y para hacer desaparecer las clases sociales es preciso suprimir la propiedad privada, es decir, que el pueblo tome posesión de todas las riquezas, de todos los medios de vida para usufructo común, asegurando á cada uno el bienestar material á que indudablemente tiene derecho y con él la libertad y la satisfacción de sus necesidades intelectuales. Para no caer nuevamente en las garras de la esclavitud después de hecha una revolución, se hace necesario organizar la nueva sociedad sobre el principio comunista hermanado con la libertad, no dejando que la propiedad privada y el principio de mando, ó sea la autoridad, levanten nuevamente la cabeza.

Los obreros del mundo marchan á la destrucción de este sistema burgués, lo que significa para ellos la redención. No seáis menos vosotros, obreros de Cuba, esclavos de la Sicilia americana. Marchad también á la conquista de vuestra libertad, al logro de vuestro bienestar, haciendo trizas los privilegios de los señores que en lejanas mansiones derrochan los frutos de vuestros sudores, barriendo antes la canalla de sus servidores, compuesta de empleados, políticos y esbirros.

¡Barredla!

LUIS BARCIA.

Francisco Rusiñol

Este consecuente y esforzado propagandista del ideal libertario ha muerto en Mérida de Yucatán (Méjico) á causa de la fiebre amarilla.

Digno compañero de toda la vida, no podemos menos que demostrar en estas líneas el sentimiento que nos causa ver desaparecer para siempre uno de los nuestros.

Nada podemos contra las inmutables leyes de la Naturaleza; por lo tanto sólo deseamos que otro compañero ocupe el puesto de Francisco Rusiñol.

¡TIERRA!
PERIODICO SEMANAL
Redacción y Administración: Neptuno 60, esquina á Galiano—Habana (Cuba)

Días laborables, de 8 á 10 p. m.; domingos, de 8 á 10 a. m.

PRECIOS DE SUSCRIPCION
Número suelto en la Administración.................... 2 cts.
Suscripción á domicilio.................... .... 3 »

Toda la correspondencia al Administrador

Movimiento internacional

La agitación crece: todos los días, en Bohemia como en Chile, en Australia como en Rusia, el proletariado marcha hacia la Anarquía, la gran ciudad sin gobierno y sin parásitos, sacudiéndose fuertemente. Es necesario comprenderlo así en todas partes y de la mejor manera: sin agitación, sin violencia, sin que se oponga á la fuerza de los gobiernos la fuerza del pueblo, no despertará nunca del marasmo en el cual se halla la humanidad. Las plácidas caídas sin lucha, sin estruendo, no son las que la historia nos ha indicado. Sin sangre, dolorosamente, los que mandan no se dejan arrebatar aquel poder con el cual mantienen la opresión. Fuertes, detrás de barreras de bayonetas ellos nos esperan para la gran batalla, y si nosotros sus naturales adversarios no corremos hacia ellos para batirnos y para vencerlos, pues la victoria será seguramente nuestra, seremos cobardes y la maldición de los que sufren, la maldición de los viejos inválidos muriéndose de hambre á la puerta de una iglesia, la maldición de los niños impotentes á hacerse justicia de por sí, caerá sobre nosotros.

No es que nosotros agitándonos, luchando, batiéndonos, preparamos luctuosos días á la humanidad, no; los días luctuosos son los que pasamos en el presente estado de cosas, con la organización burguesa. La sociedad presente de por sí, por su engranaje, por su íntima estructura, hace obra de muerte, cuando la palabra *sociedad* al significar cooperación debería indicar la más alta expresión de la vida, de la vida bella y risueña, y nosotros, aun debiendo provocar momentáneas luchas que traen aparejadas gran número de víctimas, servimos siempre á la gran causa del bienestar y de la vida.

Si eternamente debemos vivir en una crisis dolorosa ¡que venga la última crisis, la crisis final, después de la cual se abra la nueva era de paz!

En la lucha hay que usar los medios que sean adecuados. Si el Estado no deja de concentrar sus fuerzas, si los hombres que rigen los destinos del mundo no quieren ceder, y nunca cederán sin la violencia, es preciso mirar en las largas páginas de la historia y ver como cayeron otros sistemas. Y la historia nos lo dirá, y nos dirá como sin las revueltas los esclavos antiguos no se hubieran libertado; como sin la Inquisición el cristianismo no hubiera adquirido su potencia; como sin el terror rojo la burguesía no hubiera vencido al clero y á la nobleza; como sin aquella serie de insurrecciones llamadas cartistas Inglaterra no hubiera gozado de la libertad política que goza; como sin el 48 muchos reyes absolutos habría en Europa.

Las teorías evolucionistas *á secas* son falsas. La evolución supone la revolución como supone la reacción. Dado el actual estado de cosas no se puede pensar en ningún progreso sin la revolución social, porque al progreso le está limitado su desarrollo por las mil rémoras de la organización burguesa.

Nuestro faro luminoso es este movimiento internacional anárquico que en todas partes lanza su grito de lucha; llevemos á él nuestro esfuerzo, nuestro brazo, nuestra vida.

Cosas de España

Dirán que soy pesado, pero no hay más remedio que serlo aunque no seamos de muchas carnes ni buenos mozos, porque el enemigo mayor de los obreros, los socialistas políticos españoles, no merecen la pena de ocuparnos de ellos ni por sus méritos personales é intelectuales ni por su número; pero son tan sirvergüenzas, que no hay más remedio que avisar un día y otro quienes son para que ninguno caiga en la trampa.

Todo el mundo sabe que en abril de 1902 la sociedad de albañiles de Valladolid convocó á un Congreso de oficio y se constituyó la Federación de ídem. Pero esta Federación tuvo el buen acuerdo de no crear secretarías con paga, lo que no agradó al ambicioso que cobraba una de la sociedad «El Trabajo» de Madrid, y quería sin duda otra de la Federación por engañarla como hace con «El Trabajo,» y no paró hasta conseguir crear en Valladolid una irrisoria sociedad de albañiles, ó aspirantes á alguaciles, y después otra irrisoria Federación.

Pues bien; ahora resulta, según *El Socialista*, número 902, que la sociedad disidente, que cuenta sólo meses de existencia, compuesta por sus parciales, no es tal; los disidentes son los de la otra, que cuenta años de existencia y organiza congresos antes que los socialistas pensaran ó intentaran dividirles, y disidentes expulsados nada menos que por no pagar.

¿Hase visto gente más sinvergüenza que los que escriben *El Socialista*?

Políticos y apóstatas habían de ser para no serlo.

*

El secretario de la *grrran* Unión General que explotan los anteriores ha dimitido su cargo, basado en una enfermedad crónica; pero en realidad por no acudir á la Tercera Conferencia Internacional de Comités de Sindicatos Nacionales que tendrá lugar en Dublín los días 7 y 8 de este, donde tendría que responder de la carta infame que envió á las *Trades Unions* inglesas cuando la huelga general de Barcelona contra aquellos dignos obreros españoles.

Con tal motivo, y por discutir dicha carta y otros hechos, acepté la representación de dos naciones; pero en vista de que el miserable se retira diplomáticamente por el foro, mi representación la llevará otro.

De todos modos podré informaros de lo que ocurra, aunque sé lo hará un delegado.

*

Siguen firmes los huelguistas de Jerez; pero los burgueses han conseguido apresar á varios compañeros.

La guardia civil y la tropa guardan el ganado. Quitándoles el fusil y el derecho de usarlo, el oficio de pastor es el que mejor les cuadraría. Los campesinos se sostienen firmes.

En varios pueblos de Andalucía se han hecho muchas prisiones de compañeros, creyendo que así terminará la huelga; pero se equivocan, pues los obreros cada vez más firmes, uniéndose á los campesinos los de los oficios. No hay más que un lado flaco para los obreros: que los burgueses encuentran bastantes traidores entre los campesinos portugueses.

Lo que piden los campesinos es muy insignificante.

—También en Barcelona huelgan más de 40,000 obreros entre panaderos, sombrereros, zapateros, tranvieros, obreros del puerto, embaladores, fundidores, ladrilleros, picapedreros, albañiles, etc.

Como las bases presentadas por estos oficios separadamente á sus patronos ocuparían mucho espacio, sólo diré que son mejoras relativas, como la suspensión del trabajo á destajo, reducción de la jornada á ocho y nueve horas ó aumento de salario en cincuenta céntimos al día.

La terquedad burguesa ha hecho que la huelga se extienda á cuarenta y siete oficios.

Pueden decirnos ahora los de la Unión General cuantos años tendrán que estar cotizando para ahorrar con que sostenerse tanto huelguista sin apelar á medios enérgicos que ellos sólo los recomiendan para usarlos en las elecciones.

Verdad que ellos se hallan incapacitados para sostener esas huelgas, porque no pueden sostener dos á la vez según los estatutos, por insignificante que sea la primera, y como sostienen una permanente, los vagos del Comité no pueden sostener otra.

*

Lo Oficina de la Federación Regional ha publicado una circular recomendando á las sociedades que se reunan y tomen acuerdos respecto de los presos por cuestiones obreras, con el fin de uniformarlos y llevar á la práctica algún hecho serio que ponga en aprieto al gobierno y á la burguesía si por todo el mes de julio no son puestos en libertad todos los presos por dichas cuestiones.

Así se lucha y así se vence, con hechos y con actividad.

Creo que lo mejor que acordó el Congreso de dicha Federación fué que su Oficina estaría en Barcelona, donde se demuestra fe y entusiasmo, lo cual suplirá la falta de auxilio de esas otras sociedades influenciadas por tipos que sólo se acuerdan de dicha Oficina á raíz de los congresos.

*

El grupo «Risa y Alegría» de Sevilla organiza un Concurso literario-filosófico y de sociología, cuyos temas son:

1º El amor libre. Sus consecuencias físicas, intelectuales y morales.
2º El cristianismo y el tolstoísmo en el desenvolvimiento progresivo y ascendente de la humanidad.
3º El arte, elemento de vitalidad social y medio revolucionario.
4º ¿Es ó no el hombre responsable de sus actos?
5º Poesía, Tema libre; y
6º Canto á la vida (prosa ó verso).
Los mejores trabajos serán premiados.

Si algún compañero de esa isla desea concurrir puede hacerlo cuanto antes, pues piensan dar poco tiempo.

Acaso en el próximo número me vuelva á ocupar can más detalles que los iniciadores prometen dar.

Por mi parte sólo siento, aunque bien sé que mis trabajos no pueden aspirar á premio, que el tener que trabajar ocho y media y nueve tareas á la semana, querer acceder en parte á vuestro deseo enviándoos algo, ya que no semanal, quincenalmente por lo menos, y compromisos idénticos adquiridos me impidan concurrir.

*

La Huelga General se despide en el número 21 de los lectores con el fin de facilitar, en lo que de sus editores dependa, la vida diaria de *Tierra y Libertad*, que empezará de hoy en un mes.

Por iguales deseos no se publicará *Sociedad Futura*, que debía salir en Sevilla.

En cambio, va á aparecer un semanario en Barcelona con el título de *El Libertario*.

*

La excursión de propaganda no se llevará á cabo con los elementos que pensaban, pues es fácil que los setenta y cuatro años que cuenta Reclus le impidan asistir. A Kropotkine se lo impide una enfermedad al corazón que padece, y á Tarrida—quien os escribirá casi á la vez que yo—el que le han procesado nuevamente por una carta suya leída el 1º de mayo en un mitin de Barcelona, y sería un tonto si fuera á dejarse apresar.

*

Con la anterior habréis recibido la postal en que Malatesta contesta á la mía solicitando su concurso literario para ¡Tierra!

Por ella veréis que se interesa del obrero cubano y promete colaborar, aunque no tanto como desearía por carecer materialmente de tiempo.

Y como soy bastante extenso y la semana próxima también habrá asuntos de que tratar, pongo punto.

Julio 1º

V. García.

CUENTOS SOCIALES

¡POR LA PATRIA! [1]

I

La tarde era calurosa, propia del mes de agosto. Los rayos ardientes del sol habían convertido el alegre valle en un horno. Ni la más leve brisa agitaba las hojas de los árboles, ni un ligero gorjeo interrumpía el profundo silencio: el viento callaba, los pájaros dormían; sólo los rayos solares, brillantes, lujuriosos, dominaban aquella tierra, besándola, fecundándola, inundándola de luz y calor, y dejándola al fin como amodorrada, sin alientos para resistir las voluptuosas caricias.

De pronto, vivas detonaciones interrumpieron la tranquilidad y silencio del valle; densas humaredas eleváronse en espirales desde la tierra y desparramándose luego en forma de nubes, proyectaban en el suelo grandes y movedizas sombras.

La guerra, la temible y destructora guerra venía á despertar, con el silbido de sus balas, los toques bélicos del clarín, los roncos gritos de los combatientes y los ayes de los heridos, á la dormida naturaleza.

II

El combate había cesado. Las sombras de la noche por momentos agrandadas, obligaron interrumpir el fuego á las dos fuerzas enemigas. El humo de la pólvora apenas se había disipado y aun de vez en cuando oíanse aisladas detonaciones.

En el campo de batalla, como vestigios de la sangrienta lucha, habían quedado los cuerpos aún calientes de los que hallaron la muerte, cureñas de cañones, fusiles rotos, cartuchos quemados, charcos de sangre coagulada, todo revuelto y confundido. Atraídos por la carne muerta, revoleteaban en el espacio grandes pájaros de corvo pico, en espera del festín que les ofrecía la estupidez humana.

Aquella tierra fértil, en la que crecían lozanos útiles plantíos, flores y hierba, habíase convertido en campo arrasado y sangriento, montón de desperdicios humanos y de abandonados instrumentos de matanza; y el olor á carne muerta y á pólvora quemada, había sustituído al aroma de la vegetación fresca.

III

Los ejércitos enemigos retiráronse, ni vencidos ni vencedores. Una columna de uno de ellos recibió orden de dirigirse, con los heridos, al cercano pueblo de Valleflorido.

Había cerrado completamente la noche cuando la columna entraba en el pequeño lugar, al son de las cornetas y en medio de una densa nube de polvo, seguida por el triste convoy de los heridos.

Mientras se disponía el alojamiento de la tropa, los heridos fueron llevados á la iglesia, situada en la Plaza Mayor, convertida provisionalmente en hospital de sangre.

IV

Una sola lámpara, pendida ante el altar mayor, alumbraba débilmente el fondo de la reducida nave, dejando el otro extremo en completa obscuridad. En medio de las sombras que envolvían el templo, resaltaba la figura de un Cristo crucificado, suspendido en el altar, y los rayos de la lámpara, al reflejarse en él, hacían relucir el barniz de sus desnudas carnes.

A los lados de la nave estaban los heridos, tendidos en malos jergones y apenas cubiertos por sus mantas pardas. El médico les había hecho ya la primera cura. Todos ellos eran jóvenes, estaban en la plenitud de la vida, en la edad de las ilusiones, de las bellas esperanzas, que no habían de ver realizadas.

(1) Este trabajo forma parte de la colección que con el título de *Cuentos inverosímiles* ha dado á la publicidad nuestro compañero Palmiro de Lidia.

De venta en esta Administración y en las principales librerías.

De entre ellos, uno había que por la gravedad de su estado desesperábase de salvarlo. La extrema palidez de su rostro, su fiebre altísima y el carácter que presentaba la horrible herida que recibiera, no daban lugar á duda: se moría irremisiblemente, sin ver quizás la luz del nuevo día.

Pablo se daba cuenta de ello. Lo había adivinado en la mirada del médico, lo comprendía por el estado de debilidad que le invadía cada vez más; y esa cruel idea de morir lejos de los seres queridos, sin poder realizar ya sus más caras ilusiones, añadía á sus sufrimientos físicos una angustia moral indecible, torturante, roedora.

Contra su voluntad y violentamente, le habían separado de su hogar, obligándole á vestir un uniforme y á empuñar un fusil, con la consigna de matar y dejarse matar por la patria. Y había cumplido el mandato, como un autómata, sin entusiasmo, matando y dejándose matar. ¿Por qué? Porque así lo hacían todos. ¡Qué estúpido era todo aquello!...

Con gran trabajo, incorporóse en el lecho y miró á su alrededor. La iglesia tenía un aspecto triste y sombrío; al levantar los ojos, vió la imagen desnuda y dolorosa del Crucificado, y le pareció que sus ojos le miraban y que sus labios pronunciaban el cristiano é incumplido mandamiento: «No matarás.»

—No matarás, ordena tu doctrina—dijo Pablo en alta voz,—y ya tú ves como la cumplimos tus hijos.

—¿Qué dices?—le interrumpió el camarada que tenía al lado, á quien habían amputado una pierna.

—¿Ves allí á Cristo?—dijo señalando la imagen.—Pues ahora acaba de decirme: no matarás. Qué tonto, ¿verdad? Si no matamos, ¿cómo vamos á defender la patria?

—Me parece que no tienes muy bien la cabeza—murmuró el otro mirándolo con lástima.

—Oye—continuó Pablo,—á ti te han cortado una pierna; bueno, pues dile á la patria que te ponga otra pierna de carne y hueso.

—Si siquiera fuera de palo...—contestó.

—Tú al menos, aunque sea con una pierna, seguirás viviendo y podrás volver á tu pueblo y abrazarás á tu madre; yo... yo no tendré ese consuelo. Me muero, me muero. ¡Y pensar que he de morir de un modo tan estúpido!

—Mientras hay vida, hay esperanza, Pablo. Otros en peor estado que tú han curado. Ya tú ves, á mí me cortaron la pierna y no me desespero por ello... Casi estoy por decirte que me alegro, porque así concluirá para mí esa perra vida de campaña... Lo único que siento es el desconsuelo de mi madrecita cuando me vea con una pierna de menos...

Pablo no contestó. Sentía un fuego interior que lo abrasaba. Su cerebro, extraviado por la fiebre, empezaba á divagar, confundiendo la realidad con el ensueño, el pasado con el presente; pero en medio de sus confusos pensamientos, una idea fija le dominaba: la de que se moría sin remisión.

¡Y qué muerte más triste la suya! Solo, desamparado, rodeado de sombras, sin poder dar el último adiós á los seres queridos, sin el consuelo de los cuidados de su madre, sin el calor de sus besos y de sus lágrimas.

Todas las ilusiones, todos los sueños de ventura desvanecidos; no más goces y placeres; ni una esperanza, ni un consuelo... Todo perdido. Moriría como un perro sobre aquel jergón de paja, rodeado de sombras, olvidado y con el ¡ay! de dolor en los secos labios...

Moría por la patria, por la patria cruel que arrebata los hijos á las madres, que lanza á los hombres contra los hombres, á los pueblos contra los pueblos para que mutuamente se despedacen.. Y como recompensa á su forzado sacrificio, recibiría una tumba ignorada para su cuerpo y el eterno olvido para su nombre.

La patria tenía sobre él el derecho que no tenía la mujer que le dió el sér: el de disponer de su vida.

Un odio feroz contra cuanto le rodeaba hizo presa en su alma. Odio contra los soldados heridos que le rodeaban, la eterna carne de cañón que sin protesta acepta el sacrificio; contra el Cristo crucificado, cuyas doctrinas de paz, durante diecinueve siglos predicadas, no habían podido evitar que los hombres continuaran matándose unos á otros; contra aquella bandera depositada en el altar, símbolo de una patria egoísta que convierte en enemigos á los seres humanos.

Por su mente delirante cruzó una idea de venganza. Allí estaba la enseña patria, trapo ensangrentado por la que tantos habían dado estérilmente la vida, por la que él mismo iba á morir; allí estaba bajo la custodia de un oficial dormido... ¿Por qué no la estrujaba y la rasgaba con sus manos, vengando en ella su muerte miserable?...

Arrastrándose penosamente, llegó hasta donde estaba la bandera, la cogió é intentó rasgarla con sus manos. En vano. Faltábanle las fuerzas; se sentía desfallecer á cada esfuerzo. Reuniendo todas sus energías, logró sostenerse de rodillas y llevarse la seda á la boca, probando de rasgarla con ayuda de los dientes. Inútil también... Nubláronsele los ojos, sintió como una ola de fuego que se precipitaba por su boca, tambaleóse un momento y cayó desplomado al suelo envuelto en la bandera, que manchó con su sangre...

V

Al toque de llamada del clarín, iban reuniéndose en la plaza los soldados, preparándose para emprender de nuevo penosa marcha. La mayor parte llavaba el uniforme roto y sucio. En sus rostros había dejado honda huella el cansancio y apenas si los cantos y dicharachos de los más alegres lograban prestar cierta animación á los grupos. Muchos soldados, en espera de la orden de formar, sentábanse en el suelo, cruzadas las piernas y con el fusil enhiesto; otros rodeaban á los vendedores ambulantes y no pocos invadían la cercana cantina. Algunos chicuelos, descalzos y desarrapados, correteaban por entre los grupos, recibiendo caricias y pescozones.

Un oficial montado llegó á la plaza, dió órdenes á un corneta y éste empezó el toque de formación.

El sol asomó su disco aún pálido tras la próxima colina, iluminando con sus primeros rayos á la Plaza Mayor, rebosante de soldados en continuo movimiento. Por una de las calles desembocó al poco rato el general, seguido de sus oficiales. Casi al mismo instante, en la puerta de la iglesia apareció un sargento, que se dirigió corriendo al encuentro de su jefe.

—Mi general—le dice cuadrándose y saludando militarmente.

—¿Qué hay?

—Se ha encontrado á uno de los soldados que estaban heridos, muerto en medio de la iglesia, abrazado á la bandera.

—¿Cómo ha sido eso?

—Parece que por la noche, cuando todos dormían, sintiéndose morir, fué arrastrándose hasta donde estaba nuestra gloriosa enseña, y abrazado á ella lanzó el último suspiro.

Un movimiento de admiración agitó á cuantos escuchaban el relato.

—Señores—dijo el general dirigiéndose á los oficiales,—es preciso honrar la memoria de ese héroe.

VI

Tenue claridad alumbraba la iglesia. Frente al altar palidecía la lámpara lanzando sus últimos destellos; algunos hilillos de sol, introduciéndose furtivamente en el sagrado recinto, se deslizaban hasta el suelo, precisamente en el lugar en que descansaba la cabeza de Pablo, medio oculta por los pliegues de la ensangrentada bandera.

A ambos lados del cadáver formaba una compañía de soldados, y á un extremo estaba el general y sus oficiales.

El templo envuelto en semiobscuridad, la imagen angustiosa del Crucificado, el cuerpo caído de Pablo, los rostros graves y tristes de los soldados, todo contribuía á producir una profunda sensación de mudo dolor.

—¡Soldados!—exclamó el general tendiendo hacia el cadáver el desnudo acero.—Murió abrazado á la bandera. Dedicó su postrer aliento á la patria. Fué un héroe...

Levantó la espada, oyóse el redoble del tambor y los soldados presentaron las armas.

....

En la boca del muerto parecía dibujarse una sonrisa de dolorosa ironía.

Palmiro de Lidia.

Ecos de Regla

Cualquiera dirá, á juzgar por el sepulcral silencio en que vivimos los trabajadores de esta hermosa villa, que gozamos de la más completa paz y de la ventura más envidiable; y sin embargo, ¡cuán equivocado está el que tal cosa crea!

Aquí, donde el sosiego y la aparente calma parecen reinar, sólo existe una sorda y cruenta guerra, rescoldo abrasador que amenaza calcinar, si antes una mano piadosa y humanitaria no evita las futuras consecuencias, las conciencias más puras y los espíritus mejor preparados.

Es lamentable que los trabajadores de esta villa no se den verdadera cuenta de la crítica situación por que atraviesan; y más lamentable aún que se envenenen mutuamente la sangre en luchas de banderías políticas en las que ahondan cada vez más las distancias que debían salvar, á fin de luchar juntos como un solo hombre contra la explotación que sobre ellos ejercen sus patronos, y lo que es más triste aún, otros que á título de compañeros y buenos *patriotas* les chupan inicuamente el sudor como inmundas sanguijuelas.

Nada nuevo les dice á estos trabajadores el clamor del trabajador universal, la protesta altiva y valerosa que el proletariado de todos los países lanza contra sus opresores. Estos obreros, que no obstante los múltiples desengaños recibidos de la política mandarina, aún se obstinan en cerrar los ojos á la verdad, en no querer ver la clara luz que había de iluminar sus cerebros, y confiándolo todo á la política, la cual creen única panacea de futuras bienandanzas, miran con desdén el estado económico en que giran y sólo confían en las falaces é hipócritas promesas de los gandules que los utilizan en sus luchas legislativas para alcanzar el turrón del Estado, lo mismo que se utiliza un cuadrúpedo para subir cómodamente sobre su lomo una empinada cuesta.

Es triste y doloroso contemplar las luchas políticas á que se entregan los trabajadores de este pueblo, cuando los intereses económico de todos más reclaman la cooperación para su defensa, á fin de mejorar la precaria situación en que los tienen sumidos sus santones explotadores.

Mientras estos inconscientes hijos del trabajo no se den verdadera cuenta del triste y ridículo papel que están haciendo en beneficio de los que los halagan con cantos de sirena, y los apalearán y ametrallarán mañana cuando hayan escalado la poltrona del Estado, si reclaman el cumplimiento de las promesas hechas ayer ó justicia que con ellos no se quiere practicar; mientras esto no suceda, la situación de esos infelices obreros no mejorará, más bien se acentuará hasta tal punto, que tengan que contemplar cobardemente la muerte por el hambre de sus pequeñuelos, víctimas propiciatorias de la ceguera y de la criminal cobardía de sus padres.

Aún es hora de que estos trabajadores vuelvan sobre sus pasos, y lanzando á las entrañas del olvido el enorme fardo de preocupaciones que los tienen divididos, emprendan una nueva y regeneradora marcha á fin de conquistar los legítimos derechos que les han robado los miserables salteadores de conciencias que sólo medran con la buena fe, virtud y honradez del cándido y noble hijo del trabajo, que no llega nunca á la ruindad y miseria que encierra el corazón de los que en él viven y logran con facilidad engañarlo.

Es necesario que estos trabajadores, que en su inmensa mayoría libran la subsistencia en el mar, sigan el jemplo de los trabajadores de Europa y los Estados Unidos, creando organizaciones genuinamente obreras y federándolas entre sí para la defensa mutua. Estas organizaciones deben ser dirigidas y administradas por compañeros de probado amor á la causa del trabajo. El mismo entusiasmo que sientan por la clase á que pertenecen debe ser la única dádiva como premio á sus servicios.

Nada hay tan precioso para las organizaciones como los puntos retributivos en el seno de ellas; éstos traen tras sí un semillero de males, los cuales nadie debe de desconocer, pues cuando este puesto en la administración brinda algunas ventajas y comodidades sobre el trabajo ordinario, llegan á crearse partidos y todos se creen aptos para alcanzarlo y poder desempeñarlo; las elecciones resultan casi siempre borrascosas como sucede con todas las que mantienen como única base la pitanza.

Sucede con frecuencia también, que cuando esos puestos son retribuídos son más los que luchan de una manera interesada por alcanzar el puesto, que los que lo hacen por amor á la causa que encierra el principio que se defiende.

La historia del trabajo nos cita repetidos ejemplos, y no debemos dar un paso sin tomar esto por base.

El obrero que se disponga á sacrificarse gratuitamente en beneficio de la colectividad por amor á la causa que se defiende, debe merecer la confianza de todos los trabajadores, pues en sacrificio voluntario y gratuito se patentiza la buena fe y el amor desinteresado á la causa que se defiende; mientras que cuando este trabajo lleva su remuneración como apéndice, cabe siempre la duda de la buena fe del individuo que lo realiza.

Y por desgracia, hartos ejemplos tenemos ya de las funestas consecuencias de estos puestos remunerativos; muchas veces se ha visto que los remunerados, porque no sufriera alteración la pitanza, han matado en flor un movimiento huelguista; otras veces, en complicidad con el capital, ha luchado contra los intereses de los mismos trabajadores, resultando casi siempre como verdaderas rémoras de las aspiracianes del obrero. Y además de esto, ¿á cuántas luchas internas, á cuántos disgustos originados por banderías, chanchullos y piratería no se presta todo eso?

¡Obreros de Regla!, uníos, asociaos, abandonad la política que envenena vuestras conciencias y defendeos como trabajadores; cread organizaciones, buscad hombres honrados que administren vuestros intereres, pero sin remunerarles; esta será la mejor prueba de que defienden con entusiasmo la noble causa del trabajo.

Huid y alejaos de aquellos que cual leprosos sólo quieren vivir de vosotros y acarician los fondos colectivos, sólo porque ven en ellos el lastre de sus estómagos.

Abrid los ojos, obreros de Regla; organizaos y procurad defendeos de las grandes y peqneños enemigos.

Regla, julio, 1903.

Monaco.

Correspondencia administrativa

San Francisco de California. J. Ramón. Te hemos escrito y no nos has contestado. Los presos están en libertad desde el 11 de Junio. Escribe diciéndonos que hemos de hacer con el dinero ó si quieres que se te remita.

A los planchadores

Compañeres:

Enterado por el nuevo Reglamento de las reformas de que ha sido objeto la Sociedad de Planchadores de esta capital, tomo la pluma á fin de declarar mi inconformidad por este medio.

Para ello, empezaré por lo que dice el mismo Reglamento en uno de sus artículos sobre la armonía que debe existir entre dueños y operarios, artículo que mentira parece haya sido aprobado por hombres que ha tanto tiempo vienen luchando; sí, compañeros, armonizar los intereses de explotadores y explotados es imposible en el mundo de la realidad, como lo es pretender que el lobo ame á la cándida oveja. Ellos, como natural consecuencia de su desmedido afán de riquezas, no perderán ocasión, por insignificante que sea, para sacarnos cuanto más mejor, por lo que resultará que habrá siempre de los nuestros que tratarán de evitarlo y de aquí el choque que establece la línea divisoria entre obreros y patronos; medítese detenidamente sobre este particular y se verá al momento el manifiesto error en que se ha incurrido.

Con lo que se refiere á beneficencia y socorro no puedo estar tampoco de acuerdo, porque sociedades de esa índole las hay á millares, donde cada uno puede ingresar si le parece; las de carácter obrero sólo deben inspirarlas la resistencia al capital, tratando de mantener entre los asociados la más completa armonía.

También veo con desagrado el manifiesto olvido que en el Reglamento se hace de los deberes de solidaridad con los demás trabajadores, nuestros hermanos; ni una frase á este fin se verá en el mismo; todo se reduce á acaparar fondos y más fondos, como si con ellos pudiera lograrse otra cosa que no sea el adormecer el carácter rebelde de los obreros, despertando al mismo tiempo el afán de su posición. Y no se diga que esos fondos son para casos de huelga, porque diré que cuando esto suceda se va en dos días, para luego lamentarnos de que sin dieta no es posible sostenerse; entonces, adiós resistencia, adiós huelga. De fondos no soy partidario más que para los imprescindibles gastos de secretaría; con los que existen, si todos pensasen como yo, se establecería un buen local social con una biblioteca bien surtida y cuanto propendiera á ilustrarnos, que buena falta nos hace; y sobre todo, relacionarnos con los demás trabajadores á fin de estudiar el por qué de tantas injusticias y tiranía como con los que libramos la subsistencia en el trabajo se comete.

Ahora, para terminar, debo decir á mis compañeros que pueden contar conmigo para la lucha tantas veces como sea necesario, con mi humilde apoyo en todos los casos de solidaridad, y sobre todo con un compañero que desea ver cuanto antes resplandecer la aurora de la revolución social.

Pedro Peláez.

Por falta de espacio dejamos de publicar en el presente número el estado de cuentas de Administración.

En el próximo subsanaremos esta omisión involuntaria.

Agradeceremos á los amigos y compañeros de buena voluntad nos faciliten corresponsales en Cárdenas, Remedios, Morón, Gibara, Holguín, Puerto Padre, Baracoa, Guantánamo, Manzanillo, S. Cristóbal y Guanajay.

Avisamos á los sostenedores de este periódico que todos los jueves, á las siete de la noche, nos reunimos en el sitio de costumbre.

Imp. LA NACIONAL, Mercaderes 14. Fábrica de Sellos de Goma.